

LOS ENSAYOS ESPIRITUALES DEL PADRE CALMEL

Por ELENA CALDERÓN DE CUERVO (*)

LA VIDA (1)

El Padre Roger-Thomas Calmel nació el 11 de mayo de 1914 en Gagnol, pequeña población entre los límites de Ágenais, Périgord y Quercy. Según sus propios testimonios y los de quienes lo conocieron, siempre conservó y manifestó un gran amor por su tierra natal (2).

La granja de Gagnol estaba provista de una vieja casona rústica, sólida, esa clase de edificios nobles, «sin cosmética», que se embellecen con los años. En la torre del palomar, el joven Calmel había colocado su mesa de trabajo. Por el hueco de la ventana se podían ver las praderas y las ondulaciones del campo cultivado de la propiedad familiar:

«Le jour où je saurai exprimer ce que je ressens en regardant ce champ en pente derrière la maison, oui, alors je serai un poète» (3).

(*) Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza).

(1) Debo agradecer a las Dominicas Enseñantes de Anizacate, Córdoba-Argentina, el haberme provisto de gran parte del material sobre el padre Calmel. En algunos casos he considerado conveniente, para no perder el lirismo de ciertas expresiones, dejar la cita en el francés original, en otros, he preferido presentar el texto en español. Pido disculpas, al mismo tiempo, por la torpeza de mis traducciones, pero debo destacar que el francés de nuestro autor se caracteriza por el uso parco y certero del sustantivo casi sin adjetivación lo que hace difícil hallar su equivalente en castellano; de igual manera, es frecuente la construcción con partitivo (hábito, sin dudas, del genitivo latino) que no nos da en nuestra lengua esa conjunción de precisión y poesía que tiene en el estilo del dominico.

(2) Los datos biográficos están tomados del artículo «Vive flamme d'amour. Témoignage d'une dominicaine enseignante». En: *Le sel de la Terre. Intelligence de la Foi* (Publicación de los padres dominicos del convento de la Haye-aux-Bonshommes), Avrillé, n.º 12 bis, mayo 1995, pág. 18. Se trata de un volumen monográfico, dedicado en su totalidad al padre Calmel, en conmemoración de los veinte años de su muerte.

(3) *Idem*, pág. 19.

Este paisaje, la granja y sus actividades, las estaciones del año y sus mudanzas dieron entrada a esa percepción profunda y tan suya del mundo: había aprendido a nombrar los árboles y sus frutos, a conocer el trabajo de la tierra, la siembra y sus ciclos («si le grain ne meurt...»). Todo esto le había abierto los ojos sobre el orden y la belleza del mundo y sobre el irrevocable proceso con el que la naturaleza provee sus frutos, en el que Calmel verá una imagen de la obra de la Gracia:

«Voir les noisetiers couverts de noisettes, les pommiers ployant sous le poids de leurs fruits, les cognassiers, les sorbiers tous plus fournis les uns que les autres: quel émerveillement! (...) Si déjà la vue d'un arbre chargé de fruits est une louange au Créateur, que sera-ce d'une âme qui aura fructifié? (4).

Deberíamos admitir esta idea como la expresión de un principio racional y estético, fundado en lo más hondo de su espiritualidad. No es que esta premisa nos dé, en rigor, una definición de la Gracia, sino que se obstina en decirnos cómo nace, se desarrolla y da sus frutos.

Roger Calmel entró muy joven, en 1926, al Seminario menor de la diócesis de Agen à Bon-Encontre. Un antiguo compañero evoca así los años de su escolaridad:

«Desde los primeros años era un buen alumno... Luego, poco a poco, realizó un trabajo inimaginable para un joven de su edad. No perdía jamás un minuto de tiempo, tomando notas y leyendo sin descanso. A partir de allí, y hasta los últimos años, fue siempre el mejor alumno de la clase; a fin de año, recibía todos los premios, aún cuando la competencia era severa entre los alumnos. (...) Estos pequeños detalles os parecerán ciertamente poco importantes. Pero qué más decir de un compañero cuyo trabajo, su piedad, su obediencia, fue siempre un modelo y, a veces, sin quererlo, un reproche para nuestras picardías» (5).

A los 16 años, el Padre Calmel vestía ya de sotana. Terminado el seminario menor, fue enviado al seminario universitario «Pío XI» del Instituto Católico de Toulouse para continuar su formación en vistas al sacerdocio. Estudió allí tres años —desde 1933 a 1936— luego, «conquistado» por Santo Domingo, entró en su orden en el convento de estudios de Saint-Maximin. La filosofía de Santo Tomás, enseñada en ese entonces por excelentes maestros, formó definitivamente su pensamiento y encontró en él a uno de los mejores representantes de su tiempo.

En diciembre de 1936, el hermano Roger-Marie Thomas tomó los hábitos en Toulouse. El año siguiente hizo su noviciado en Saint Maximin; pronunció sus primeros votos el 1.º de noviembre de 1937 e hizo su profesión solemne el 1.º de noviembre de 1940. El 29 de marzo de 1941, sábado antes del

(4) Palabras que extrae la biografía de un sermón dado por el padre el 21 de septiembre, en el inicio del otoño de 1973. *Idem*, pág. 19.

(5) *Idem*, pág. 20.

Domingo de Pasión, el Padre Calmel fue ordenado sacerdote en la capilla de Saint-Maur en Toulon por Monseñor Brulé des Varannes.

Si el padre Calmel había comenzado su obra con la zapa y los ojos del agricultor y estaba ebrio del canto de los árboles, desde el momento de su consagración es imposible hallar un solo escrito, un solo documento en el que no estén presentes, como gravados a fuego, sus hábitos de granjero en su vocación sacerdotal:

«Le prêtre est l'homme du sacrifice; plus précisément c'est le chrétien mis a part et ordonné en vue d'offrir le sacrifice eucharistique. Comme l'eucharistie est une réalité révélée et un mystère de foi, l'existence et la nature du sacerdoce sont des vérités et des mystères de foi»,

dirá el 29 marzo de 1969.

El padre, ya no está más en Gagnol para ver *«le champ en pente qui descend de la maison»*. Está en la casa del Señor, para mirar el campo de las almas, labrar, sembrar, y podar para una cosecha en la eternidad. Se podría decir sin temor a exagerar, que nuestro sacerdote ha conquistado la Paz, esa paz interior que le genera una lucidez particular para vislumbrar los problemas y las plagas de su tiempo.

«El padre Calmel ausculta, detecta, demuestra ser un buen clínico, su diagnóstico aparece claro. En cuanto al remedio, no duda y se vuelve a manifestar un excelente especialista: sabe lo que hay que extraer o amputar, lo hace saber a los demás, pero no es el cirujano. Detesta la vacilación de aquellos que detentan el poder y tienen los medios de extraer el tumor o de impedir la proliferación de la metástasis. [Es, al mismo tiempo] un teólogo, un médico, un historiador, un sociólogo —entendámonos bien, digno de esos títulos— que no omite ninguna precisión en el informe de sus investigaciones» (6).

Sin embargo, el campo que Dios le reservó particularmente fue, entre otros, aquel de las almas de los niños.

Su ministerio en la Congregación de las Dominicas Enseñantes del Santo Nombre de Jesús, congregación que seguía fielmente los principios de su fundador, fue largo y fructuoso. La madre Hélène Jamet, elegida priora general en 1948, encontró en él una ayuda providencial. Apremiados por las transformaciones sociales producidas después de la Guerra tanto como por el asedio del Modernismo a la Iglesia católica, trabajaron juntos en la redacción de las nuevas constituciones que Roma les requería. El 5 de septiembre de 1953 éstas

(6) «Le chemin de la rectitude». Témoignage de Nicolas Dehan. En: *Le sel de la terre* (*op.cit.*, pág. 14).

fueron aprobadas por la Santa Sede y desde el epígrafe se podía advertir cuál era el espíritu que iluminaba toda esta reforma:

«El espíritu de la Orden debe dominar sobre aquel de la Congregación: es decir, un amor por las almas tan poderoso que requiera una contemplación siempre creciente y un sentido agudo de la importancia y de la integridad de la doctrina; porque es urgente aportarles a las almas la misericordia de la verdad» (7).

En 1956 pasa un año en España. Esta estadía marcará el alma del padre con el sello de lo hispánico: Avila, Segovia, Salamanca... los místicos. La sentencia de San Juan de la Cruz resonará en su alma como un imperativo: *Entremos más adentro en la espesura.*

Calmel meditará en la soledad de este retiro español, la vida y la doctrina de Santa Teresa la Grande y de Juan de Yepes. El cuidado del reinado social de Nuestro Señor, el contacto prolongado con los cristianos de España, lo llevarán a profundizar los principios doctrinarios y las exigencias de vida interior de un orden temporal cristiano, porque «es necesario que la cristiandad continúe para la gloria de Dios y la salvación de las almas».

En 1976, a un año de su muerte, escribía Hugues Kéraly:

«Padre mío, (...) vos amabais España con fuego, como un hijo de santo Domingo debe amarla; como cada católico y más aun, cada católico francés, debe amarla. Vos habéis amado España como a una verdadera madre porque vos erais fuerte en vuestra humildad, profundo, ardiente como la España eterna, tallada por la evangelización y la conquista» (8).

Entre 1957 y 1960 es designado encargado de la capilla de la gruta de la Sainte-Baume, pequeño refugio en el Sur de Francia de los últimos años de Santa María Magdalena, en un lugar despojado, austero, silencioso, que afirmará en él hasta su muerte la sentencia de la santa de Avila: *sólo Dios basta.*

Desde 1958 a 1974 será llamado, sucesiva y constantemente, de Montpellier a Biarritz, a Sorèze y a Prouilhe «espectáculo emocionante —dirá Antoine Barrois— el paso entre nosotros de un fraile predicador, de un *domini-canis* corriendo con todas sus fuerzas por amor a Dios» (9).

(7) *Constitutions des dominicaines du Saint Nom de Jésus et du Coeur Immaculé de Marie* (a, 4).

(8) *Itinéraires Chroniques & Documents*. París, Les Presses Bretonnes, n.º 206, septiembre-octubre 1976, pág. 15. La revista *Itinéraires. Chroniques & Documents*, fue una publicación mensual que constituye, a juicio de los especialistas, el instrumento más importante de documentación y trabajos para conocer la reacción del catolicismo tradicional en torno al problema del ataque Modernista a la Iglesia, el Concilio Vaticano II y sus efectos durante la segunda mitad del siglo XX.

(9) *Itinéraires, op.cit.*, pág. 53.

Pero ésta es, también, la hora de la fidelidad y la hora del combate.
A partir de 1958, colabora con Jean Madiran en la revista *Itinéraires*.

«El padre Calmel llegó a *Itinéraires* en 1958 —comenta Jean Madiran— Hemos trabajado juntos durante 17 años. Su contrato constaba de unas pocas palabras. Yo le había pedido ser, en la revista, un sacerdote de la orden de Santo Domingo. El me había respondido que no podía ni quería ser otra cosa. Pero, en 1958, nadie hubiera podido imaginar hasta dónde eso nos conduciría (...) Hizo falta llegar a Roma para obtener finalmente, al más alto nivel del gobierno de la orden dominicana y de la curia romana, la autorización en 1959 (...) Pero no es lo esencial esto que se relata, lo esencial es eso que nos deja el padre Calmel : su obra publicada; nada más. Su persona, él así lo quiso, se desvanece (...) (10).

Al testimonio, el combate: fue el primero en ver y señalar con toda claridad, la crisis generada en la Iglesia por la instalación del *Novus Ordo Misae*. En noviembre de 1969, aparece el texto de su declaración pública: «je m'en tiens à la messe traditionnelle», con una explicación de cuatro páginas (11) de estricto orden jurídico. El combate del padre Calmel no es sentimental, ni epidérmico, ni es el resultado de un temperamento impulsivo: es el fruto de una inteligencia «católica» y de su vocación sacerdotal:

«Yo me atengo (mantengo unido) a la misa tradicional, aquella que fue codificada, pero no fabricada por san Pío V en el siglo XVI, conforme a una tradición muchísimo más antigua. Rechazo, pues, el *Ordo Missae* de Paulo VI. ¿Porqué? Porque en realidad, ese *Ordo Missae* no existe. Lo que existe, es una revolución litúrgica universal y permanente, tomada por su cuenta o querida por el papa actual (...) Es derecho legítimo de todo sacerdote el rechazar llevar la máscara de esta revolución litúrgica».

Sin embargo, su combate se planteó en un espacio más amplio aún que el de su propio compromiso sacerdotal. Fruto de la percepción clara y lúcida de la apostasía del mundo actual, vio a la Iglesia convertida en la presa «de un inmenso aparato de seducción y ocupación que la reduce progresivamente a cambiar de fe, a cambiar de culto, a cambiar de moral, en una palabra, a cambiar de religión».

«Las innovaciones post-conciliares no son un conjunto más o menos disparatado de modificaciones. Son un sistema. Más que un sistema teórico, un sistema estratégico de ocupación. La Iglesia, por una parte, es instruida en una nueva creencia, o mejor dicho, en la incredulidad modernista. La Iglesia, por otra parte, está

(10) *Idem*, pág. 89.

(11) R. Th Calmel, «Réclamation au Saint-Père», *Itinéraires*, 139, enero 1970, págs. 74 y ss.

«*sous la botte*»; está en gran parte dirigida por un partido apóstata que ostenta en gran medida los puestos de comando, empezando por los más altos (...) Lo que nos queda hacer a nosotros, es, en primer lugar recurrir a la oración y a la vida unidos a Dios por la misa y los Sacramentos (...) sin esplendor y sin ruido, levantar fortines de resistencia, de asociaciones piadosas unidas a la Tradición. Estos fortines parecerán irrisorios: frente a la Iglesia aparente y ocupante, dan la impresión de una defensa muy débil. No importa. La gracia de Dios no se mide por lo que aparenta» (12).

Estas palabras hicieron eco en aquellas no menos graves ni solemnes de Monseñor Lefebvre en 1974, quien siempre reconocerá en el dominico el punto de partida de la reacción católica de la Tradición:

«Adherimos de todo corazón, con toda nuestra alma a la Roma Católica, guardiana de la Fe católica y de las tradiciones necesarias para el mantenimiento de esta fe, a la Roma eterna, maestra de sabiduría y de verdad.

Rechazamos, por el contrario, y hemos siempre rechazado seguir la Roma de tendencia modernista y neo-protestante que se ha manifestado claramente en el Concilio Vaticano II y, luego del Concilio, en todas las reformas que se han desprendido de éste» (13).

A raíz de esta crisis, se suceden en el padre los estudios sobre el *Apocalipsis* de San Juan que culminan en su obra sobre la *Teología de la Historia* (14). Las reflexiones del dominico sobre la Historia están construidas sobre la base de un pre-supuesto que él condensa en las siguientes líneas:

«Lo que se ha vuelto dios no es solamente el dinero, el placer, el poder, todos los ídolos antiguos. Esos ídolos permanecen, pero están en este momento subordinados a un ídolo nuevo: el devenir histórico de la colectividad, “el sentido de la historia”, manipulado por la dialéctica revolucionaria; “el sentido de la historia” es el nuevo ídolo, el más falso, el más vacío, el más inhumano» (15).

En un tiempo en el que sobreaman las reflexiones sobre la Historia y sobre su sentido, en el que las investigaciones de diversa índole indagan en esta dirección buscando, en las infinitas maneras de «pensar la historia», la clave de los tiempos modernos, el padre Calmel pide la respuesta a la Teología católica de siempre; sólo en este sentido hay que entender el concepto: Teología de la Historia:

(12) *Idem.*

(13) Monseñor Lefebvre, 21 novembre 1974.

(14) *Théologie de l'histoire*, Paris, *Itinéraires*, n.º 106, septiembre-octubre 1966 (separata). Este número de la revista constituye en realidad un libro que el padre Calmel no pudo hacer publicar de otra manera. Reeditado en 1984 por Dominique Martín Morin, ha sido traducido al italiano (Turín, Borda, 1967).

(15) «Note sur le progrès et sur l'histoire». En: *Itinéraires* 68, diciembre 1962.

«Para no caer desanimados, para permanecer de pie y afrontar la situación, he meditado nuevamente las enseñanzas de la fe respecto de la historia de los hombres, dejándome esclarecer y reconfortar por esta viva luz. Las verdades que son para mí un gran socorro pueden serlo también para vosotros porque han sido reveladas para nuestra salvación y para la santificación de las almas» (16).

No obstante haber vislumbrado de manera singular la terrible crisis de la Iglesia y de los hombres, su visión de la Historia nunca estuvo exenta de Esperanza:

«Henos aquí, entrando de ahora en más en un tiempo de Apocalipsis. Sin duda no estamos aún en el huracán de fuego que enloquece los cuerpos, pero estamos ya en la agonía de las almas(...) es la agonía de las almas dentro de la Santa Iglesia minada desde el interior por los traidores y los herejes que no han sido jamás expulsados. Pero los tiempos del Apocalipsis están siempre marcados por las victorias de la gracia.» (17)

Recuerda una de sus biógrafas —una de las madres dominicas de Saint-Pré donde está enterrado— que «poseía sobre los seres y los acontecimientos una mirada tan penetrante que parecía profética (...) el sufrimiento y la gravedad de su alma deshecha por la crisis de la Iglesia, por el pecado de los hombres y puesta a prueba por una salud muy frágil, eran llevados en paz: “confianza, coraje y fuerza”, eran sus lemas. Había en el padre una gran alegría interior, una ternura infantil en la solicitud, un brillo malicioso en la mirada, y, aquel teólogo de escritos tan profundos nos daba, como jugando, sus sentencias más terribles, como quien regala ... una manzana de Gagnol”. “Es la hora del *Nunc dimittis* —les dijo, ya preparándose para su muerte, un día de abril—. “La tarde se va acabando y cae la noche, pero el Maestro no ha llegado aún. ¿Vendrá antes de la media noche? ¿Y si viene al canto del gallo, seremos capaces de esperarlo hasta ese momento?»

Muchas cosas quedarían por decir. A su amor por España y sus místicos, su amor por Juana de Arco y por Santa Teresita del Niño Jesús, a las que siempre puso como ejemplo de guías en el camino de la victoria espiritual:

«Se tiene a veces el consuelo inolvidable de ver seres luminosos atravesar la vida sorteando los desastres y las derrotas generales. No voy a decir que estos seres no estuvieran sujetos al sufrimiento y a las persecuciones, a las calumnias y a las injurias; pero viéndolos, se piensa en una serena victoria, pero en una victoria que no se puede reprimir y que emprende, segura, su camino. El destino de una Juana de Arco entre los escépticos, la soldadesca y los traidores; el destino de una Teresita entre las mezquindades y las complicaciones del egoísmo a puertas cerradas, nos

(16) *Théologie de l'histoire, op.cit.*, pág. 15.

(17) *Breve Apologie pour l'Eglise de toujours*, Paris, *Itinéraires* (supplément), 1971, pág. 146.

recuerdan siempre el paso inesperado de la mansa victoria de la nobleza de Dios. Sin embargo, la victoria de sus santos no podría darnos más que una imagen muy lejana de aquella de Nuestra Señora. Cuando tomamos conciencia de que ella está exenta de toda sombra de mal, reservada totalmente por Dios como Virgen y Madre, serena en Dios y unida a su Hijo en la trama de una vida sujeta a terribles pruebas y concluida por la más terrible Pasión ; cuando entrevemos la pureza y la santidad de María a todo lo largo del Evangelio, entonces estamos seguros de que Ella será siempre, en medio de la humanidad enferma y desgraciada, la Victoria de Dios, la manifestación todopoderosa de su Luz y de su Misericordia» (18).

Con los años irán apareciendo sus estudios sólidamente amalgamados en el tomismo tradicional, escritos al hilo de los años y nacidos de la experiencia y de la prueba: a los 142 artículos publicados en *Itinéraires*, se le suman los libros *Selon l'Évangile* (1952), *Le rosaire dans la vie* (1958), *Si ton oeil est simple* (1955), *École et sainteté* (1956), *École chrétienne renouvelée* (1957), *Les beatitudes* (1960), *Théologie de l'histoire* (1966), *Breve apologie pour l'Eglise de toujours* (1971), *Le rosaire de Notre Dame* (1971), *L'assistance à la messe*, seguida de *Apologie pour le Canon romain* (1971), *Ordinaire de la messe selon le missel romain de saint Pie V* (traducción y notas, 1971), *Les mystères du royaume de la grâce* (1972-1975), *Les grandeurs de Jésus-Christ* (1973) y el «Préface» al *Catéchisme sur le modernisme* de J.B. Lemius (1974).

El Maestro vendrá, finalmente, a buscar a su servidor el primer sábado del mes de María, el 3 de mayo de 1975, en Saint-Pré du Coeur Immaculé. Su último libro acababa de aparecer, el tomo II de *Les mystères du royaume de la grâce*, particularmente dedicado a trazar *Le chemin de la sainteté*.

«La vida, la vida —nos dijo la víspera [comenta la misma madre dominica], es: *militia, certamen, beatitudo*».

LOS ENSAYOS ESPIRITUALES

En parte por su participación durante 17 años como colaborador en *Itinéraires*, hecho que sin duda debe haber afianzado en nuestro dominico la técnica del artículo periodístico, pero, en parte, también, por un natural talento para el escrito breve y conciso, para la síntesis exegética teológica, tanto como para el manejo de una retórica explícita «de alto impacto», lo cierto es que el Padre Calmel logra crear en el campo literario, lo que hemos denominado, en sentido propio, el «ensayo espiritual».

(18) *Itinéraires* 48, diciembre 1960, pág. 36.

Dada la amplitud analógica con que se suele utilizar el término «ensayo», conviene, a los fines de una mejor comprensión de nuestro planteo, aclarar ciertos aspectos del mismo.

El ensayo es un género que señala la aparición de la Literatura moderna o, mejor dicho, de la literatura de la *modernidad*. Se trata, en un principio, de una serie de observaciones personales e íntimas sin plan ni finalidad aparente, semejándose a una confesión u opinión que el autor se va haciendo a sí mismo —o a algún otro cuando reciben la forma epistolar—, sobre lo vivido, visto y leído por él. El primero en darles carácter e identidad es Miguel de Montaigne cuando, en 1580, dio a conocer sus *Essais de messire Michel, seigneur de Montaigne*. Sobre la matriz de los *Essais*, se dio pie a la iniciación de un género que ocupó un lugar destacadísimo en la propagación de las «nuevas ideas» ya que se presentaba como apto para el examen de todas las cosas dentro de un tono accesible, de estilo elegante aunque no retórico, pero fundamentalmente dissociado del pensamiento oficial o «académico», como dirán disimuladamente los teorizadores posteriores. Conviene resaltar que los ensayos sí tuvieron, particularmente en Montaigne, una cosmovisión «sediciosa» que les otorgaba a todos esos escritos, aparentemente desconectados entre sí, una unidad de sentido vertical.

Si por un lado, ya en el siglo XVIII, los ensayos se hicieron cargo de difundir las ideas de la Ilustración, por otro —más en el XIX— rescataron el valor de lo «útil» que el «arte por el arte» del Romanticismo había dissociado de la poesía. Pero lo más importante es que a través de ellos toma facultad de persuasión la *opinión*. Era de esperar, entonces, que, cuando ese pensamiento adquiriera la identidad de Filosofía moderna y desplazara en las academias a la escolástica, el ensayo cambiara de bando y diera, quizá, sus mejores frutos en las llamadas generaciones de los polemistas franceses y españoles de la primera mitad del siglo XX. Y son sin lugar a dudas estos escritores quienes dejan marcada su influencia en el estilo de Fray Roger Thomas.

Se podría hacer una amplia clasificación de los ensayos del Padre Calmel, ya que, en general, gran parte de sus libros resultan de una compilación temática de los mismos: así, podemos agrupar ensayos teológicos (19), morales,

(19) Muchos de los que componen el I volumen de *Les mystères du Royaume de la Grâce*, «Los Dogmas», de 1972. Expresamente el Padre dice en el «Préface» de este primer tomo:

«Hemos *ensayado* en las páginas que siguen repetir fielmente eso que hemos aprendido. Y eso que hemos aprendido es la doctrina teológica del Doctor común, elaborada en una coherencia admirable con la Sagrada Escritura y la Tradición. En lo que a nosotros resta, más allá de esforzarnos en hacer escuchar sus enseñanzas, no guardamos la menor ilusión sobre el débil volumen de voz que nosotros podemos dar. ¿Es conveniente en este caso, hacer pública nuestra opinión? Creemos que sí. En primer lugar, porque tenemos el deseo de incitar con esto a algún lector benevolente a retomar, por su propia cuenta y con más fruto, las reflexiones comenzadas aquí. Luego, porque estamos deseosos de luchar con todas nuestras fuerzas contra la herejía contemporánea, la más expandida y la más disimulada: el modernismo» (pág. 10).

didácticos, políticos (20), literarios (21), etc. Pero hemos reducido nuestro análisis, en parte debido al marco escueto de nuestra presentación y debido también, y muy especialmente, a nuestro gusto e inclinación, por los que denominamos «ensayos espirituales».

Enemigo expreso de la «levadura de los fariseos», el padre Calmel pone de manifiesto con la mayor claridad los principios intelectuales, existenciales y empíricos en función de los cuales habrá que entender sus escritos y en donde reaparecen sus «obsesiones» de agricultor en la parcela de su propia alma:

«Nosotros [los sacerdotes] somos los guardianes del texto sagrado. Y, cuando yo digo que leemos la Escritura, entiendo bien que la escudriñamos teológicamente y, al mismo tiempo, que nos dirigimos, a partir de la palabra divina y de los dogmas que la definen, hacia una síntesis teológica en compañía de Santo Tomás; estamos muy asidos aún, a esta manera teológica de estudiar. Ocurre que, en el momento en que leemos la Escritura, particularmente el Evangelio o San Pablo, leemos el Evangelio o San Pablo y escuchamos en paz; experimentamos un recogimiento interior; dejamos penetrar nuestro corazón; traemos a colación nuestra vida, nuestro saber y nuestra experiencia (bien podríamos prescindir de ella, pero ... allí está!); llevamos todo esto a esa Luz que da la Vida y que no nos deja renunciar a la marcha» (22).

De hecho, todos sus escritos están iniciados, como una suerte de exordio, por una serie de palabras liminares que, sin entrar a adelantar el desarrollo ni los fines del tema a tratar, dan cuenta de la posición que toma en ellos el escritor, del fruto que ha obtenido de su análisis.

El ensayo sobre «les Beatitudes» (que el Padre entiende como las «alegrías», más que en el sentido de las bienaventuranzas —ya que se trata de una refle-

(20) Con motivo de una carta enviada al director de un diario de Aquitania, en respuesta a un artículo editorial del 21 de noviembre de 1970, después de la muerte del fundador de la V República, el General De Gaulle, Calmel expresa con toda pasión su visión política de Francia:

«Permítame que lo felicite por su artículo vengador (vengeur) del 13 de noviembre, no esperaba menos de su corazón de cristiano y de francés, de su inteligencia de la cosa pública, y estoy muy contento de leer estas cosas tan justas sobre el gran impostor del siglo XX (...) Aún sin De Gaulle, la resistencia existía, aún sin De Gaulle, había un ejército de resistencia, justamente una armada preparada en Africa por aquello que De Gaulle eliminó: él, el hombre de guerra y el político eminente (...) ¿Qué agregó De Gaulle a la resistencia? Agregó el odio como móvil dominante, agregó una división terminal entre los franceses como logro de su realización política, confiscó la revancha para su provecho (...) Valdría la pena, quizá, señalar que en esta su vida de exhibición pública, no se advierte un solo trazo de misericordia y de grandeza de alma. ¿Con quién fue misericordioso, él que hizo siempre alarde de ser un católico practicante? (Apareció en *L'Opinion Indépendante du Sud-Ouest*, Agen, 22 janvier, 1971).

(21) Son particularmente profundos «La supplication de Priam (Iliade, XXIV)»; «Ronsard et ses discours aux reformes» y particularmente los dos ensayos sobre el poema «Eve de Péguy».

(22) *École chrétienne renouvelée*, pág. 49.

xión sobre el *Sermón de la montaña*—), aparecido en su libro *Selon L'Évangile* (23) de 1952, esparce una luz particular a todos los otros ensayos espirituales del dominico. Y esto debido, quizá, al hecho de que se trata de uno de los primeros libros publicados, pero debido también, a que expone de una manera sencilla y extraordinariamente profunda el axioma de las «alegrías» prometidas por Nuestro Señor.

Lo primero que nuestro autor deja en claro, es que esas alegrías son el «señuelo», el incentivo del programa de vida implícito en la predicación de Nuestro Señor:

«No debe sorprendernos que Cristo, el Verbo hecho carne, nos traiga la certeza de la felicidad (...) que nos induce a creer, a intentar creer en su palabra» (pág. 11).

Y establece a continuación dos especies de humanas resistencias frente a este principio:

«aquellos que ven la felicidad bajo los colores terrestres y, en condiciones cómodas de vida, tiemblan delante de las exigencias de renunciamiento inseparables de las promesas de Cristo; los otros que han sido larga y cruelmente mordidos por la desgracia desconfían frente a la posibilidad de alguna forma de felicidad. Los primeros tienen necesidad de coraje para “aceptar las reglas de la felicidad” (citando el *Eve* de Péguy), los segundos para aceptar la idea. Hace falta en todos el coraje de creer».

Sobre la base de las ocho bienaventuranzas, Calmel va analizando el sentido de los renunciamientos que estas implican, siguiendo la máxima de San Juan de la Cruz:

Para venir a poseerlo todo, no quieras poseer algo en nada

De acuerdo con esto, señala que esta pobreza tiene varias formas: pobreza de los bienes materiales, pobreza en el orden de la Gracia («sea que el alma no advirtiendo lo que la gracia le aporta, no toma en cuenta la parte de sus insuficiencias y se mantiene tranquila en unión con Dios» pág. 13); pobreza en el orden de los recursos psicológicos («la privación (...) de gozar interiormente de la consolación, de encontrarse cómodo y a gusto»); pobreza del huérfano y del que no tuvo una mesa familiar; pobreza del Pródigo y de la Magdalena, «y de todos aquellos —explica nuestro autor— a lo cuales una suerte horrible, compuesta inexplicablemente de accidente y libertad, les ha arrancado el honor que tenían aún ante sus propios ojos y la posibilidad de encontrar algún reposo en el sentimiento de su decencia interior» (pág. 14).

(23) París, P. Lethielleux, Libraire-Éditeur, 1952.

«En cualquiera que sea, el Amor habita en aquel que es pobre y que ama su pobreza, que la quiere para presentarla, para darla al Cristo pobre y crucificado... y glorificado (...) La presencia de Dios y la plenitud y la felicidad que expande, no alumbran más que en el vacío y en el desnudamiento de sí mismo. La felicidad está sin dudas en la abundancia y no en la falta; pero ella está en una abundancia divina y, como Dios mismo, no se da más que al alma pobre y vacía».

En la mitad, en el climax –diríamos– de este ensayo místico, surgen, iluminando de manera singular, los versos del *Eve* de Péguy, que Calmel va parafraseando como quien disfruta glosando su sentido:

*«Puis, ils reconnaîtront les jours de leur détresse
plus profonds et plus beaux que les jours de bonheur»*

«Estamos seguros que sería un contrasentido y un sacrilegio esperar de la vida ciertas alegrías:

*«Nous ne demendons pas que le grain sous la meule
soit jamais replacé dans le coeur de l'épi»*

En una nota a pie, Calmel señala que la voz del poeta se levanta más alto aún en este tema, en uno de sus últimos escritos y transcribe: *«entramos aquí (...) en un espacio desconocido, en un espacio extraño, que es el espacio de la alegría. Cien veces menos conocido, cien veces más extraño, cien veces menos nuestro que el reino del dolor. Cien veces más profundo, yo creo y cien veces más fecundo. Felices aquellos que un día tengan de él alguna idea».*

A partir de aquí y como inspirado por los versos de Péguy, la reflexión experimenta una vuelta de tuerca, no sin antes señalar la intrínseca y aparente contradicción que las promesas de Cristo encierran:

«Eso que más llama la atención, es el desacuerdo aparente entre esta Revelación y aquella de la Cruz: *si el grano no muere, no dará frutos..., en el mundo vosotros vais a sufrir (...) yo os envío como a corderos en medio de los lobos.*» (...) «Sin embargo –continúa– es imposible que Cristo se contradiga y nos lance al error (...) Por otra parte, El no se propone remitir pura y simplemente hacia una vida futura la alegría que nos promete (...) sino que quiere establecerla en nosotros desde ahora: *Yo os he dicho estas cosas a fin de que mi propia alegría sea en vosotros para que vuestra felicidad sea perfecta (...) Vuestro corazón se llenará de gozo y vuestra alegría nadie os la podrá quitar* (págs. 15-16).

Y se pregunta a continuación «¿Es posible ésto a pesar de la Cruz?». La respuesta aparece sólida, trabada en la teología de la Caridad, pero no exenta de una cierta experiencia mística, personal y secreta:

«Es porque estamos seguros de que el Amor sobrevive a todo, que es más fuerte que el infierno, que aceptamos las Bienaventuranzas evangélicas. Nos sería im-

sible creer en la felicidad si el infortunio apareciera hasta el final o si el sacrificio por fidelidad a la voluntad divina se consumara solamente en la pena. Porque entonces sería el castigo quien tendría la última palabra. Pero cuando la felicidad está en el Amor, sobrevive a todo, triunfa sobre todo: está en el centro de las cruces que nosotros aceptamos de la mano de Dios o de los renunciamientos de los cuales hacemos el ofrecimiento; porque Dios y su alegría penetran en el alma, en la misma proporción en que el Amor se enraíza por los sufrimientos, cualquiera sea su naturaleza».

De esta manera, el ensayo remonta el vuelo, por así decir, y nos va dando, en un tono cada vez más efusivo, los nombres de esa alegría: Posesión del Reino, Consolación, Sacidad, Misericordia, Visión. Repudia el estoicismo pagano como una «solución ininteligible y monstruosa», tanto como el rechazo moderno de toda resignación, ya que Cristo no suprime ni privilegia el deseo, sino que lo purifica y, sobre todo, inspira en el alma el infinito deseo del Amor. Y, a partir de allí, santidad es alegría y bienaventuranza gozo: «Felices aquellos que tienen hambre y sed de justicia (24) (de santidad), porque ellos serán saciados». Para concluir que esa felicidad no es otra que «el Amor, la Fuerza y la Beatitud del *In manus...* del Cristo en agonía.

Perspectiva inicial de la enunciación, aceptación del misterio revelado, traducción en términos de una psicología concreta y captación de la condición humana; recuperación del sentido intrínsecamente contradictorio de los actos de Dios; ascenso hacia la luz de la vida y doxología final serían los momentos que estructuran, a la manera de los salmos davídicos, estos ensayos espirituales.

De todos los que constituyen el grueso de estos trabajos, dos ejemplos vamos a exponer, para confirmar nuestro análisis: el de La mujer adúltera (Jn 8, 1-11) y el de «La aparición de la noche de Pascua» (Jn 20, 19-23) (25).

En el episodio de la mujer adúltera, señala Calmel que Cristo se encontró, durante su vida pública («y seguramente también durante su vida oculta») en contacto real con los pecados reales de los hombres y de las mujeres.

«Es así que un día los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio (...) ¿qué hace el Señor? En su bondad, en su justa bondad, el ha querido dar a unos y a la otra, a los fariseos y a la adúltera, el tiempo de examinarse y de arrepentirse. Sin embargo, reprocha el pecado de unos y otra con toda precisión al punto tal que no deja lugar a ninguna ilusión. A los fariseos les dice: *que aquel que esté sin pecado lance la primera piedra*, y a la mujer *vete y no peques más.*» (26).

Y continúa más adelante:

(24) «conforme a las enseñanzas de la Iglesia», agrega nuestro autor.

(25) Ambos ensayos están tomados de la edición homenaje, ya citada, de *Le sel de la terre*, n.º 12 bis.

(26) *Idem*, pág. 55.

«En este caso, es evidente que Cristo está en presencia de una situación en la que el pecado estalla de un lado y de otro: en los acusadores y en la acusada; y de una parte y de la otra el pecado constituye una infracción social: en la acusada está la evidencia misma, pero en los acusadores no es muy diferentes: en efecto ellos manipulan con perfidia el caso a fin de poder justificar su acusación de homicidio contra Nuestro Señor. La ley de Moisés, el pecado y la vergüenza de esta mujer no cuentan a sus ojos; es atroz, pero es así, (...) no son más que un pretexto para llegar a condenar a muerte a aquel *que es más grande que Moisés y que perdona los pecados*.

El centro neurálgico del ensayo está en esta interpretación: «en lugar de colocarse en lo civil y en lo temporal, se coloca en lo divino y en lo eterno, y prueba de elevar a unos y otra. Es introduciéndolos a ambos en este, su reino, que El querría hacerles encontrar el orden y la paz».

El dominico no deduce, entonces, de este evangelio una lección de anarquía social, sino una lección de orden sobrenatural. Un tal orden no suprime el orden temporal, tiende, por el contrario, a promoverlo, pero reclama la caridad para su cumplimiento: «Los desvergonzados y los ladrones tienen derecho a un castigo social, pero el juez y el verdugo tienen el deber estricto de obrar con justicia y con caridad».

El ensayo finaliza con aquella doxología ya señalada:

«Ayez pitié de nous, Seigneur, qui avez converti les femmes pécheresses et Paul le pharisien».

En el otro artículo al que hemos hecho referencia, el de «La aparición la noche de Pascua» (27), resulta particularmente interesante recuperar la posición que toma la enunciación frente a la condición humana, aún después de la Resurrección:

«La fe en el Cristo resucitado no debe hacernos soñar en un estado paradisíaco o hacernos caer como los Tesalonicenses en no se qué espera extática y perezosa. (...) Pero (...) evitar las ilusiones que pueden producirse en nosotros con ocasión de la Fe, no es, en efecto, lo principal de la Fe. Lo que importa antes que nada en la Fe, es que ella nos hace sostener con una firmeza inquebrantable los misterios revelados de Cristo y que ella nos permite vivir seducidos por esos misterios».

Atravesando de manera misteriosa las puertas celosamente cerradas, aparece Cristo en medio de los once y les dice «*Pax vobis*». Y para que no duden de que es El mismo y no un fantasma, «les muestra las pruebas terribles e irrecusables: las cicatrices de las manos y de los pies, y su costado abierto». De esta manera, la paz que les da, «es una paz inaudita que viene desde el abismo de los suplicios, del abismo del frío y la desolación del sepulcro».

(27) *Idem*, págs. 56-58.

En este punto, el sentido final que Calmel da a esta escena se revela en la siguiente afirmación:

«Jamás hubieran pensado que Él terminaría en una cruz y que todo lo que había anunciado en ese sentido iba a permanecer tan oscuro. Jamás ellos habían pensado que Él iba a resucitar con sus cicatrices».

El ensayo termina parafraseando los versículos del *Canon Romano*:

«Señor, que nos sea dado seguir aquí el camino que tu has querido para nosotros, como pobres hombres que os han encontrado en la Cruz, la tarde del Viernes Santo, con el corazón abierto, las manos y los pies clavados; pero también, como pobres hombres que tu has reencontrado la noche de Pascua para anunciarnos la paz mostrando tus cicatrices. Que vuestra Madre nos de la gracia de reencontraros en cada misa, en comunión con nuestros hermanos *haciendo memoria de vuestra pasión que es una beatitud, de vuestra resurrección de entre los muertos y de vuestra ascensión en la gloria de los cielos*».

Para concluir: no hay en el dominico una *iota* agregada a la Revelación sobre las Bienaventuranzas ni sobre la Caridad de Dios. «Los herejes son los únicos que agregan puntos a la revelación o que le sacan», diría el padre Calmel. No encontramos nada en él que no esté en los Evangelios, en San Pablo o en San Juan. No hay nada, de entre todas las cuestiones tratadas por nuestro autor, que no esté desarrollada en los Santos Padres de la Iglesia o en el *Doctor communis*. Lo original de sus reflexiones es que, hechas a partir de una experiencia profunda de adhesión a la Fe, nos persuaden de que nosotros, los hombres y las mujeres de su tiempo, la *pusillus grex* como le gustaba decir, somos profundamente amados y protegidos por Dios. Que Él nos ha dado, a través de todas las contingencias de la vida y las vicisitudes del mundo, el ser «vencedores en Jesucristo por su Cruz». Este espíritu de consolación es el que da el tono a sus escritos de modo tal que la belleza fluye en ellos de suyo, como una irradiación inseparable de esa experiencia interior, no pudiendo imaginarse nada más opuesto a toda preocupación retórica, no obstante la estu-penda riqueza de sus imágenes y la armonía de su lenguaje. Y así sus palabras caen *como el rocío de la mañana* dejando el alma limpia y clara, igual a un campo de trigo bajo los primeros rayos del sol. Mientras... el labrador, atento y protector, controla cómo madura la espiga desde las ventanas de su palomar eterno.

